

Pensamiento, política y acción. Sembrar la economía social solidaria desde la academia: una autoetnografía

DAVID SÉBASTIEN MONACHON
JOSEFINA CENDEJAS GUÍZAR

Resumen: *este capítulo trata de transmitir los caminos tortuosos que puede representar la difusión de principios y valores de la economía social y solidaria en el recinto universitario, a través de las experiencias de dos investigadores comprometidos desde la investigación–acción, así como ciudadanos, por el fortalecimiento de procesos de economía solidaria y la sustentabilidad. Se describen las realidades institucionales y burocráticas vinculadas a la promoción de la economía social solidaria (ecosol) desde la universidad, en dos contextos diferentes del mundo académico mexicano: la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo y la Universidad Nacional Autónoma de México. Así este trabajo se desarrolla desde una perspectiva autoetnográfica, muestra los retos relacionados con el desarrollo de un doctorado de economía social y solidaria en una institución plagada de luchas de poder, donde la sobrevivencia de un posgrado parece depender de las buenas voluntades de unos pocos, y el entramado político–institucional que puede significar desarrollar propuestas de cambios en los ambientes alimentarios universitarios desde una perspectiva de la sustentabilidad. Dos experiencias y un mismo panorama: entre los discursos y la praxis existe todo un mundo, donde querer construir procesos de economía social y solidaria parece ser tan subversivo y contracultural que sus impulsores terminan saboteados y castigados. Formadores de los futuros profesionistas y tomadores de decisión, las universidades y el sector educativo deberían ser idóneos para consolidar la ecosol, sin embargo, el siguiente capítulo muestra cómo estas intenciones pueden transformarse en el recorrido del combatiente, con todos los riesgos que implica avanzar en terreno minado.*

Palabras clave: *academia, economía social y solidaria, investigación–acción.*

Abstract: *this chapter attempts to show how spreading the principles and values of the social and solidarity economy in a university can turn into a kind of trench warfare. The experiences of two committed researchers, as well as other engaged citizens, who set out to the use action research methodology to strengthen processes of the social and solidarity economy serve to shed light on the institutional and bureaucratic realities they ran up against in two different contexts of the Mexican academic world: the Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo and the Universidad Nacional Autónoma de México. This paper was written from an autoethnographic perspective, and lays out the challenges involved in developing a doctorate in the social and solidarity economy in an institution riven by power struggles, where the survival of a graduate program would seem to depend on the good will of a select few; it also describes the political-institutional landscape that one must navigate to develop proposals for changing university food cultures from a sustainability perspective. Two experiences that show the same panorama: between discourse and praxis there is a yawning chasm, where any attempt to construct social and solidarity economy processes is regarded as so subversive and counter-cultural that its promoters are subjected to sabotage and punishment. As the institutions in charge of educating future professionals and decision-makers, universities and the educational sector should be an ideal setting for consolidating the*

social and solidarity economy; this chapter, however, shows how these intentions can turn into a high-risk undertaking, not unlike crossing a minefield.

Key words: *academia, social and solidarity economy, action research.*

Renato Rosaldo, en su obra *Cultura y verdad*, llama la atención en cuanto al posicionamiento del investigador en el marco de sus investigaciones. Aquel es un sujeto ubicado (y reubicado), dice. El concepto de ubicación, nos explica el autor, “se refiere a la forma en que las experiencias cotidianas permiten o inhiben ciertos tipos de discernimiento” (Rosaldo, 1991, p.30). No somos observadores indiferentes y Rosaldo insiste en que seamos lo más explícitos posible en cuanto a nuestros partidismos, intereses y sentimientos, pues no somos una pizarra en blanco.

En este capítulo, inspirados en el posicionamiento de Rosaldo, y como sujetos ubicados, tratamos de compartir una visión global desde nuestros recorridos personales sobre el impulso de la economía social solidaria (ecosol), como pensamiento, política y acción. En el marco de un trabajo de tesis doctoral (Monachon, 2017) ya se habían iniciado reflexiones sobre nuestra ubicación. Ahora, retomamos estos autores y escritos, unos años de praxis más tarde, por lo cual extraemos las aportaciones de la tesis en los siguientes párrafos. Nuestra postura de académicos y activistas nos ha permitido entender tal vez mejor que otros la evolución, los impactos, en nuestras propias vidas, así como de los diversos actores con quienes nos hemos vinculado durante estos años. Cada una de nuestras vivencias pasadas estuvo relacionada con cuestiones académicas, de producción, comercialización, salud, economía local, solidaridad, ideologías y, ahora lo entendemos, de alimentación. Esas experiencias influyen hoy en la manera en que nos acercamos al fenómeno que estudiamos y a los sujetos que en él participan. Pero la implicación metodológica más importante en todo esto tiene que ver con el modo en que nos hemos implicado dentro del fenómeno mismo.

De acuerdo con Blanco (2012a, 2012b) y Guerrero (2014), el ejercicio que vamos a presentar a continuación sigue las bases de la autoetnografía. Retomando a Ellis y Bochner, citados por ambos autores, “la autoetnografía es un género de escritura e investigación autobiográfico que [...] conecta lo personal con lo cultural” (Ellis & Bochner, 2003, p.209). Reed–Danahay precisa que en esta “etnografía autobiográfica” los antropólogos interponen su experiencia personal en la escritura etnográfica convirtiéndola en una narración en primera persona, con una presencia actualizada del autor en el texto etnográfico (Reed–Danahay, 1997, p.2). Blanco defiende la autoetnografía como “uno de esos enfoques alternativos para la generación de conocimientos” (Blanco, 2012b, p.50).

El tema del presente documento no es casual, ya que tiene vínculo con nuestras propias historias, con nuestras culturas. La cultura moldea a la gente, como lo expresa Rosaldo, “moldea las formas en que la gente come sus alimentos, hace política y comercia en el mercado, así también da forma a sus modos de escribir poesía, cantar corridos y representar dramas wayang” (Rosaldo, 1991, p.181). Esta autoetnografía permite ilustrar este proceso de reubicación constante en el cual estuvimos implicados y que no hubiera sido posible sin todas estas interacciones con otras culturas. Es preciso no perder de vista los aportes de este autoconocimiento adquirido a lo largo de los años.

Existe una tendencia a percibir la investigación como disociada de la ciudadanía, lo que resulta un tema bastante criticable. Según Albert (2008), hay una tendencia a considerar al investigador, en nuestro caso al antropólogo, a la filósofa (disciplina de los presentes autores) fuera del campo social y político (como si el investigador no fuera un ciudadano dotado de

una práctica social). Al contrario, como lo subraya Schlemmer, es justamente porque somos investigadores que debemos asumir responsabilidades como ciudadanos (Schlemmer, 1992, p.153), y es conjuntamente con esta implicación que debemos realizar nuestros trabajos de investigación. Sin embargo, esta postura “implicada” fue y sigue siendo acusada por sus detractores de alejar a los investigadores de la objetividad. Rosaldo comenta que la “distancia” y la “proximidad” tienen cada una sus ventajas y deficiencias. Él declara que cualquier análisis social sería enriquecido justamente a través de su observación bajo diferentes perspectivas y no solo una. En el mismo sentido, Geertz reconoce la dificultad de ocupar una posición de actor involucrado y al mismo tiempo ser un observador distante, pero ve como una fortaleza lograr “combinar dos orientaciones fundamentales hacia una realidad —lo comprometido y lo analítico— y a una actitud única” (Geertz, 1968, p.157).

Nahmad (2014, p.96) nos recuerda juiciosamente que “la subjetividad constituye la manera con la que cada uno afronta y construye la realidad de acuerdo con su experiencia en la relación con los otros”. Finalmente, el término “observación participante” refleja que “siendo una de las personas” debemos conservar también nuestra postura académica en esta situación casi esquizofrénica del trabajo de campo.

COMPROMISO Y MILITANCIA: EL CAMINO DE LA INVESTIGACIÓN-ACCIÓN

La postura militante con la cual escribimos no es algo nuevo en el medio académico, y según Rahman y Fals Borda, se desarrolló desde los años setenta, por parte de ciertos investigadores que entendían las crisis como consecuencias de la expansión del capitalismo y la modernización globalizante (Rahman & Fals Borda, 1989). Los autores caracterizaron esta temporada como una época de búsqueda de nuevas técnicas innovadoras de investigación, que dieron como resultado el método de la investigación-acción (IA) (Rahman & Fals Borda, 1989, p.14). Más recientemente, Greenwood y Morten insisten en que la situación mundial actual donde domina el autoritarismo, sistemas de controles, burocracias, fuertes especializaciones, separación entre reflexión y acción, y finalmente sanciones contra los que se oponen a esos sistemas, está vinculada a la transformación de las relaciones de poder (Greenwood & Morten, 1998, p.88). La meta de la IA consiste justamente, según ellos, en poner fin a estas relaciones de poder con el propósito de llegar a una sociedad más democrática.

La IA se basa en principios filosóficos, según Rahman y Fals Borda, que más allá de consistir en una rigurosa búsqueda de conocimientos, se define como un proceso abierto de vida y de trabajo. “Es una vivencia”, nos dicen los autores, “una progresiva evolución hacia una transformación total y estructural de la sociedad y de la cultura con objetivos sucesivos y parcialmente coincidentes. Es un proceso que requiere un compromiso, una postura ética y persistencia en todos los niveles” (Rahman & Fals Borda, 1989, p.16): es una filosofía de vida al mismo tiempo que un método. Así, las experiencias descritas a continuación son el fruto de procesos de investigación-acción conjunta entre investigador(es) y una organización o comunidad que busca mejorar su situación, a partir de la cogeneración de conocimientos, aprendizajes mutuos y la ejecución de acciones para tratar de resolver un problema y finalmente la interpretación de las acciones llevadas a cabo y lo aprendido (Greenwood & Morten, 1998, p.4).

Greenwood y Morten critican las prácticas académicas convencionales que estudian problemas sociales, pero no tratan de resolverlos, y proponen a la IA como un método en donde se conjuntan la investigación, la acción y la participación (Greenwood & Morten, 1998, pp.

4-6). Por su parte, Oliveira de Vasconcelos y Waldenez de Oliveira especifican que, aunque la IA no implique sistemáticamente la resolución de los problemas identificados por los actores involucrados, busca por lo menos una mayor concientización, según el concepto de Paulo Freire (1972), sobre sus orígenes y posibles soluciones (Oliveira de Vasconcelos & Waldenez De Oliveira, 2010, p.1). En suma, la IA es una manera “de mantener la conversación abierta” y, como lo expresan Greenwood y Morten, permite crear espacios para la discusión y la reflexión colectiva, consiste en una cogeneración de enseñanzas (Greenwood & Morten, 1998, p.86). Los autores insisten en que consiste en un proceso permanente de investigación social colaborativa donde las respuestas o “la verdad” están en continua reconstrucción (Greenwood & Morten, 1998, p.87).

Ahora bien, los diferentes aspectos relativos a una investigación militante presentados anteriormente corresponden a nuestra postura como investigadores y rigieron nuestro trabajo a lo largo de estos años. Es importante precisar, como lo presenta Greenwood (2000, p.33), que la investigación-acción en sí no es una metodología; su meta es promover el cambio social democrático y sustentable, y ninguna disciplina o metodología tiene el monopolio sobre ella.

LOS ACTORES EN EL CAMPO Y LAS LUCHAS POR EL CONOCIMIENTO

En el marco de una experiencia profesional anterior, yo, David, recuerdo claramente la burla expresada por algún representante de la Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación (Sagarpa) al escuchar la palabra “actor”: “¿De qué película me estás hablando?”. Sin embargo, el concepto de actor es uno de los pocos conceptos que ocupan un lugar central en las ciencias sociales, como nos lo hace notar Ester García (2007). El término aparece cada vez con más frecuencia, utilizado por los teóricos y analistas sociales, diluyéndose en los discursos de los periodistas y políticos. Entonces es necesario definir explícitamente aquí lo que consideramos con el uso de tal palabra.

La acción no se refiere a las intenciones de los que hacen las cosas sino a su capacidad de hacerlas. Para Giddens (1995), la acción se refiere a los eventos en los cuales una persona pudiera, en cualquier momento, actuar de manera distinta: todo lo que pasó no hubiera pasado sin su intervención. En este marco, ser capaz de actuar de manera diferente significa poder intervenir en el universo o abstenerse de intervenir para influir en el curso de un proceso concreto. Entonces ser un agente (actor) es valerse, continuamente en la vida cotidiana, de un conjunto de capacidades causales que pueden influir sobre las capacidades causales de los demás agentes. La acción depende entonces de la capacidad de una persona de crear una diferencia en un proceso concreto, en el marco de los acontecimientos. Un agente deja de serlo a partir del momento en que pierde esa capacidad de ejercer un poder (Giddens, 1995).

Nos parece que el concepto de “arena” permite comprender aún mejor las situaciones encontradas en el marco de nuestras experiencias. En efecto, la noción de arena implica situaciones de conflictos entre actores o grupos de actores. Sin embargo, consideramos que a menudo los actores no son conscientes o por lo menos no tienen una perspectiva del conjunto de los alcances de sus posturas, y de hecho estas no son siempre reflexivas o estratégicas; en cambio, los actores involucrados en estas redes solidarias tienden a pensar con una visión del bien común, que va más allá de los intereses personales o del grupo. El concepto de “arena” nos puede ayudar en particular para el estudio de las relaciones en juego entre los actores presentes en los espacios de la ecosol. La arena es un espacio social donde

toman lugar confrontaciones y enfrentamientos. Bailey (1971, p.10) elaboró la arena como una herramienta conceptual que permite analizar los principios de los comportamientos políticos a partir de un vocabulario referente al deporte o al ajedrez. La arena consiste en comunidades de actores implicados en relaciones de competencia con la meta de imponer nuevas reglas del juego. Long (1996, pp. 61–62), en el ámbito de los estudios de la estructura agraria campesina, introduce el concepto de “redes interfásicas” que vinculan a los productores con otros actores relacionados con su producción, tales como organismos estatales, supermercados, consumidores... Las interfaces aparecen en puntos donde diferentes y potencialmente conflictivos mundos de conocimientos o campos sociales se intersectan, o más concretamente, en situaciones sociales o “arenas” en las cuales las interacciones se orientan en torno a problemas de conexión, concertación, segregación y competencia entre puntos de vista sociales, evaluativos y cognitivos (Long, 2001, pp. 65–66). Los contextos en los cuales Long usa esta noción son proyectos de desarrollo rural donde los intereses discrepan o entran en conflicto; esto permite entender la arena como una situación de interfaz particular donde se confrontan ideología, aptitudes, instituciones, etc., mientras que la interfaz en sí designa el espacio de negociación y no implica necesariamente el conflicto. Finalmente, las interfaces permiten introducir la idea de encuentros, desencuentros y reencuentros entre las diferentes redes, como lo veremos a lo largo de este documento.

En la academia se encuentran diferentes grupos estratégicos que se enfrentan en la arena de los colectivos, disputando posiciones tanto teórico–epistémicas como políticas. Los grupos estratégicos son agregados sociales más empíricos que defienden intereses comunes, en particular a través de las acciones sociales y políticas (Olivier de Sardan, 1995, p.179). Este concepto nos permite pensar en la convergencia de estrategias entre ciertos individuos (actores) que comparten una misma postura frente a un problema. Precisamos que estos grupos estratégicos están en perpetuas reconfiguraciones, en función de los problemas considerados, es decir según las apuestas locales pueden referirse a características socioprofesionales, red de solidaridad o de clientela, itinerarios biográficos o estrategias individuales (Olivier de Sardan, 1993, p.6).

Los siguientes apartados dan cuenta de este transitar, de lo individual a lo grupal y a lo colectivo, y de las tensiones, encuentros y desencuentros que ha implicado. En el primero, Josefina narra la construcción del campo de la ecosol como un área de estudio legítimamente reconocida a nivel de posgrado en el Occidente de México. En el siguiente relato, David hace un recuento personal de las experiencias de vinculación entre la academia y los actores que intentan construir redes, dinámicas y espacios alternativos para la alimentación y la soberanía alimentaria.

PICAR PIEDRA. CONSTRUCCIÓN DEL “CAMPO” DE LA ECOSOL DESDE LA PERIFERIA

Línea de tiempo

En el año 2007, por un impulso tan amoroso como científico, María Arcelia Gonzáles Butrón nos convocó al Curso de Especialización en Economía Social y Desarrollo Local, un programa de todo un semestre que serviría a dos propósitos: ofrecer una alternativa de titulación a egresados de la licenciatura y maestría de la Facultad de Economía de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (UMSNH), y brindar una posibilidad de formación continua

a académicos de la propia facultad y otras dependencias universitarias. Como profesora-investigadora, yo, Josefina, cursaba el doctorado en Planeación y Desarrollo en una universidad británica, y me encontraba en Morelia terminando mi tesis sobre comunidades forestales indígenas. El tema me llamó con fuerza, literalmente, y destiné el tiempo y la energía necesarias para hacer el curso de especialidad. Fuera de María Arcelia, todos los y las docentes del curso eran externos. Por ahí desfilaron y dejaron huella profunda Laura Collin, José Luis Coraggio, Henry Mora y Natalia Quiroga. Escucharles, dialogar y convivir con ellos fue como una iniciación a algo que, aunque en términos académicos era radicalmente nuevo, resonaba con mis intuiciones y anhelos más hondos. De pronto, muchos jirones de pensamiento, de luchas, de preocupaciones teóricas y fácticas se engarzaron en mi sentipensar, y formaron un enorme fresco, aún abigarrado y complejo, pero pleno de sentido.

Apenas regresé de defender mi tesis doctoral, entre 2009 y 2010, nuevamente por iniciativa de María Arcelia, diseñé y coordiné el diplomado en Economía Social y Solidaria, que se ofreció en el ahora extinto Centro de Investigación y Desarrollo del Estado de Michoacán (CIDEM).¹ El programa se dirigía explícitamente a funcionarios del gobierno estatal y a integrantes de organizaciones de la sociedad civil, aunque también se inscribieron docentes de universidades y tecnológicos. La calidad del equipo docente —integrado por algunos de los invitados del curso anterior, como Coraggio y Collin, además de académicos de la Facultad de Economía que se habían formado entonces— y el diseño curricular se complementaron con algunos enfoques nuevos, como el del gobierno de los bienes comunes, a cargo de Gustavo Gordillo, quien trabajaba muy de cerca con la ganadora del Premio Nobel de Economía 2009: Elinor Ostrom. El resultado de ese diplomado fue muy alentador, a tal grado que poco tiempo después le propuse a María Arcelia que nos abocáramos a diseñar un posgrado en economía social y solidaria, considerando varios espacios institucionales posibles, a sabiendas de que la facultad podría no respaldar el proyecto.

Para el año 2012, el equipo encabezado por María Arcelia y yo incluía a varios académicos de la Facultad de Economía que se sentían afines al campo de las economías alternativas: Erika Piña (la única joven del grupo), Eduardo Nava, Juan Carlos Hidalgo y Jorge Martínez Aparicio. Después de dedicar muchas horas de nuestro tiempo-vida al estudio y el diseño curricular, logramos elaborar un primer proyecto de maestría en Economía Social, y lo presentamos ante una asamblea de profesores de la facultad. La respuesta mayoritaria fue aplastante: ironías, críticas demoledoras, cuestionamientos sobre el fundamento científico de la llamada economía social y hasta burlas que rayaban en lo personal. En resumen, la percepción de la comunidad académica de ese momento —hace apenas 13 años— era que no había algo como un campo de estudio llamado *economía social y solidaria*, sino una ideología más o menos vaga impulsada por movimientos dispersos que ni siquiera eran muy visibles. Nos retiramos de esa asamblea con un sabor amargo en la boca; pero en vez de desistir, nos dirigimos a una instancia superior, la Coordinación General de Estudios de Posgrado de la Universidad, para solicitar orientación y apoyo.

Dos temas marcaron ese encuentro como “agriculce” por decir lo menos. El primero fue que el coordinador de aquel momento nos cuestionó sin ningún pudor sobre las razones de impulsar un nuevo posgrado cuando la mayoría del equipo, según su parecer, “estaba al borde

1. El CIDEM estaba entonces dirigido por otro profesor de la Facultad de Economía, el maestro Guillermo Vargas Uribe, quien generosamente alojó y apoyó la realización del diplomado.

de la jubilación”. El segundo fue que, si insistíamos en ello, nos instaba a proponer mejor un programa de doctorado, ya que así se tendrían más posibilidades de ingresar al padrón de posgrados de calidad del Conahcyt. Saltar a nivel doctorado sin existir un programa de maestría aún no solo era arriesgado, sino excluyente. Así lo veíamos, pues nuestro interés se enfocaba en abrir un espacio a los actores de organizaciones de la ecosol. Por otra parte, en nuestra universidad el proyecto no parecía tener futuro, tanto por la oposición interna como por la falta de entusiasmo de las autoridades.

Era ya 2014 cuando María Arcelia se vinculó con académicos de otras universidades del centro y occidente del país, que de manera individual estaban abordando temas relativos al cooperativismo y las economías alternativas. Particularmente, comenzamos a reunirnos con colegas de las universidades de Guanajuato, Autónoma de Chapingo y Benemérita de Puebla; poco después se uniría la Autónoma de Aguascalientes. Rápidamente llegamos al acuerdo de construir entre todos el proyecto del Doctorado Interinstitucional en Economía Social Solidaria (DIESS), pues de esa forma, creíamos, sería más fácil avanzar en nuestras propias instituciones, lograríamos una mayor visibilidad y, con suerte, la bendición del Conahcyt. Lo que siguió fueron cuatro años de sangre, sudor y lágrimas. Pero también de mucho aprendizaje, tanto en lo académico como en lo institucional y en lo humano interpersonal.

En 2018 el doctorado había sido aprobado por los Consejos Universitarios de la UMSNH, que mantenía el liderazgo y la convocatoria, la Universidad de Guanajuato (UG), la Universidad Autónoma de Aguascalientes (UAA), la Universidad Autónoma Chapingo y la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP). Se contaba también con un convenio general y otros específicos del programa con el Comité de Posgrados Interinstitucionales (CIP) de la región Centro-Occidente de la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES). Por diferencias irreconciliables, a principios de 2018 la BUAP y Chapingo se desgajaron del grupo promotor del DIESS, y usando el mismo nombre, plan de estudios e incluso logo, buscaron su propio registro ante el Conahcyt. Ese mismo año, ambos DIESS lanzaron sendas convocatorias y dieron inicio así las primeras dos generaciones de doctorantes en ecosol en México. En 2019, ambos DIESS ingresaron al Programa Nacional de Posgrados de Calidad (PNPC).

En 2022, la Universidad de Colima se unió al grupo original del DIESS integrado por la UMSNH, la UG y la UAA. De 2018 a la fecha se han publicado convocatorias para cuatro generaciones. El DIESS Centro Occidente se mantuvo como programa de categoría 1 en la reciente revisión del Sistema Nacional de Posgrados del Conahcyt. Esto significa que se le reconoce como doctorado de investigación, se mantiene como programa de calidad y, con ello, conserva para sus estudiantes el derecho a recibir beca.

¡Eso no es economía! La disputa por el campo de lo económico

Desde un inicio, quienes impulsamos la creación del posgrado en ecosol éramos conscientes de que no solo queríamos estudiar las posibilidades de unas economías “otras” sino que, de suyo, ese proyecto implicaba imaginar las condiciones de una sociedad transformada que la hiciera posible. Por eso, algunos autores como David Barkin, Blanca Lemus, Laura Collin, la propia María Arcelia González Butrón y yo (2020) postulamos que hablar de “economía solidaria” es apenas un atisbo de lo que queremos: una sociedad basada en vínculos de solidaridad, cooperación y respeto entre las personas, las comunidades, los pueblos, y con la naturaleza.

De ahí que la cuestión disciplinaria se tornara tan compleja de abordar, exponer, explicar, en el contexto y en el lenguaje, tanto del rigor como de las rigideces del mundo académico. ¿Realmente buscábamos postular una nueva “teoría” de lo económico? ¿Con qué tipo de axiomas, principios, métodos? ¿Qué podríamos postular más allá de la economía neoclásica y/o del materialismo histórico de Marx? Cualquiera con algo de conocimiento y sentido común, nos decían, podría darse cuenta de que nadie había tenido éxito (aún) en abrir un tercer paradigma que solucionara las contradicciones entre los dos más reconocidos.

Para nuestra fortuna, ya contábamos con dos pilares muy sólidos desde donde empezar: el primero, la obra magnífica y aún poco conocida de nuestros queridos maestros Franz Hinkelammert y Henry Mora, que culmina aunque no se agota en el libro *Hacia una economía para la vida* (2013) y que, sin menoscabo del rigor y la profundidad, se propuso dar continuidad a la “crítica de la economía política” de Marx, desde un contexto contemporáneo, y puso en el centro al sujeto y sus necesidades, es decir, a la vida misma. El otro pilar fundamental era la vasta obra de José Luis Coraggio (2009), pionero del estudio sistemático de la economía social y popular en América Latina. Por otra parte, un resurgimiento de las posturas económicas sustantivistas, apuntaladas por la obra de Karl Polanyi (1992), abría nuevos caminos para reinsertar lo económico (en la teoría, pues en la práctica siempre estuvo allí) en las tramas de la vida social. Junto con el sustantivismo, aportes luminosos de antropología económica, como la teoría del don de Mauss (2009), y el rescate del pensamiento de los pueblos originarios de Abya Yala, cada vez más reconocido como el *Buen Vivir* (Collin, 2016), nos permitieron ampliar el horizonte, más allá de los libros de texto clásicos de la economía académica.

Más recientemente, Natalia Quiroga (Dobrée & Quiroga, 2019), María Arcelia Gonzáles y yo (Cendejas, 2017; Cendejas & Gonzáles, 2019), partiendo de nuestras propias experiencias e interrogantes, hemos apostado porque la ecosol abrace de manera urgente las críticas y las propuestas de la economía feminista. Durante la pandemia de 2020–2021 se puso de manifiesto que “los trabajos esenciales” que no podían detenerse eran los relacionados con el cuidado y sostenimiento de la vida, algo de lo que históricamente nos hemos hecho cargo las mujeres. Así, cuestionar la racionalidad instrumental desde una racionalidad reproductiva, es decir, arraigada en la corporalidad (sexo–genérica, por supuesto) y en el cuidado de la vida, tendría que ser una exigencia epistémica y política que interpelara al campo de la ecosol que veníamos construyendo.

La tarea, pues, no podía encasillarse entre los márgenes de una disciplina como la ciencia económica (si es que eso existe). Había que disputar la creación de nuestro campo con otros campos y otros intereses, tanto de tipo epistémico como político y cultural. El reconocimiento reciente por parte del Conahcyt de las “ciencias de frontera” aunado al giro que prioriza un conjunto de problemas nacionales a los que hay que dar respuesta, ha sido un gran avance hacia lo que buscamos. Ahora el término “economía social solidaria” está presente en el discurso público, desde el Plan Nacional de Desarrollo hasta la nueva Ley General de Humanidades, Ciencia y Tecnología.

La unión no (siempre) hace la fuerza: avatares de la coordinación de voluntades, instituciones y subjetividades

Laura Collin (2014) ha postulado que la economía solidaria es, necesariamente, un discurso y una práctica profundamente contracultural. La academia, en cambio, casi nunca lo es. ¿Qué representaba, entonces, insistir en abrir un espacio contracultural como campo de estudios a

nivel posgrado? Ir contra la corriente, pero no solo hacia afuera, también hacia adentro, entre nosotros y en nuestro fuero más íntimo. Resistir y reexistir. Reinventarnos como sujetos solidarios, lo cual, como ya señaló David, resulta ser casi una esquizofrenia en nuestro contexto.

Como académicas de carrera, abiertamente militantes en causas sociales, teníamos la suficiente apertura, capacidad de escucha y de argumentación (al menos eso creíamos) para sacar adelante el proceso como un proyecto colectivo. Y así fue, en la teoría. Poco a poco yo, Josefina, me fui dando cuenta de que el problema no era crear un campo nuevo de estudios, sino superar toda una carrera de obstáculos que poco tienen que ver con lo académico y sí con el entramado institucional en donde todo sucede. Casi 10 años de mi vida dediqué a desbrozar ese camino. María Arcelia se jubiló y me dejó a cargo de encabezar las gestiones, por lo que dejé de lado otros aspectos de mi vida académica —como la permanencia en el Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores (SNI), el goce de dos años sabáticos, la beca al desempeño— para atender las innumerables tareas de gestión que implicaba llevar adelante un proyecto de programa de posgrado, hasta su apertura y plena aceptación en “el sistema”.

Los costos personales y económicos fueron muy altos. Descubrir, por ejemplo, que los posgrados se sostienen casi solamente por la buena voluntad de quienes los coordinan (en ese caso era yo, luego me sucedió Erika Piña) y quienes integran los núcleos académicos, fue una prueba de realidad muy dolorosa. A la distancia, recuerdo con estupor que el Consejo Universitario de mi universidad aprobó el programa “a condición de que no se requieran recursos presupuestales”. ¿Qué significaba eso? Pues exactamente, que no habría dinero para la operación del programa, más allá de nuestros propios sueldos. Tal precariedad se impuso muy pronto como una condición intolerable, como fuente de malestar y discordia, en mi entorno laboral y entre las universidades que impulsábamos el DISS, ya que, de todas, la mía era la menos favorecida en el aspecto financiero y pese a ello manteníamos el liderazgo de toda la gestión. Esto último, personificado en quien esto escribe, provocó también violencias de género incomprensibles de parte de algunos colegas, y que fueron toleradas y ampliadas por el propio CPI.

Así que no, la unión no siempre significa fortaleza compartida ni solidaridad *per se*. Pude constatar que fui muy ingenua al asumir que las convergencias en lo teórico y lo político-ideológico bastarían para la construcción colectiva de nuestro sueño, y para compartir las cargas de manera equitativa y solidaria. Aprendí, a golpe y porrazo, que las subjetividades propias —a menudo maximizadoras, patriarcales, individualistas—, así como las dinámicas de poder de cada universidad y de las redes institucionales, juegan un rol determinante en cualquier proceso de innovación o transformación social. Pese a las innumerables vicisitudes, el DISS nació y sigue vivo. Eso es sin duda una ganancia para la academia y la sociedad mexicana en su conjunto.

ARTICULAR LA DOBLE CAMISETA DE ACTIVISMO Y ACADEMIA EN EL RECINTO UNIVERSITARIO

De la vinculación con el campo y las arenas de las políticas agrarias

Desde la infancia, yo, David, estuve vinculado con el campo y el mundo rural francés, aprendiendo y reproduciendo conocimientos y saberes familiares con los cultivos de uva, maíz, frutales y hortelanos a la par del cuidado de los bosques. Crecí con el amor a la tierra, lo que más tarde me llevó a mantener esta perspectiva en mi vida profesional y personal. A partir

de los 20 años salí hacia otros horizontes, en América Latina, y colaboré con organizaciones de la sociedad civil, poblaciones campesinas e indígenas en Bolivia, Nicaragua, Uruguay y finalmente vine a arraigarme en México. Sin entrar en detalles de esta serie de aventuras, me parece relevante subrayar la importancia que han tenido estas diferentes estancias en mi formación, los vínculos que me han permitido construir con diversidad de “actores”, así como la influencia que han tenido sobre mi vida, a la par de mis experiencias agrícolas en mi tierra de origen.

Al llegar a México en 2012, obtuve el puesto tan soñado por mí: técnico de campo (en aquel entonces nombrado “extensionista”), en el marco de la estrategia de desarrollo rural sustentable del gobierno federal promovida en aquel momento. Así inició una serie de peripecias, ricas en aprendizajes, que me permitieron insertarme en el medio laboral mexicano, conocer el ámbito rural, el funcionamiento de programas de desarrollo agropecuario y otros, las dinámicas y peligros vinculados a estas (clientelismo, corrupción, inseguridad, violencia de género, etc.) y dificultades para articular a los sectores de la sociedad civil, los diferentes niveles de gobierno y la academia en torno a proyectos para “mejorar las condiciones de vida de las poblaciones rurales”.

Salí asqueado de esta experiencia de trabajo con el gobierno por la imposibilidad de poder realmente actuar hacia el propósito descrito en las líneas anteriores, pero también con una vinculación más firme con el movimiento agroecológico que estaba fortaleciéndose en aquel momento, con organizaciones de la sociedad involucradas en la defensa del campesinado, miembros de la campaña “Sin maíz, no hay país” y otros actores con quienes encontraba más afinidades y cuyas luchas iban en contra de las dinámicas dominantes del modelo neoliberal, muy arraigado en la sociedad mexicana. Así, en 2013 entraba en el doctorado de Antropología Social, lo que sería mi primer acercamiento real a la academia en México.

En 2019 me integré a la Coordinación Universitaria para la Sustentabilidad (Cous), de reciente creación en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), como responsable del área de Consumo Sustentable. Entre tanto, había pasado por granjas de producción agroecológicas como jornalero y asociaciones civiles del sector agroecológico, y la invitación a postular en la UNAM me parecía una gran oportunidad para vincular estas experiencias con el sector académico, del cual me había alejado al terminar el doctorado en 2017, e incidir sobre la formación de lxs futurxs profesionistas y tomadorxs de decisión.

Además, en 2017 habíamos realizado con Josefina el Primer Encuentro de Agricultura de Responsabilidad Compartida bajo la égida de la iniciativa Valor al Campesino y la Red Internacional Urgenci (que promueve todo tipo de colaboración entre productores y consumidores en lucha por la soberanía alimentaria) donde reunimos a iniciativas de la ecosol: mercados de productores, cooperativas, Sistemas Participativos de Garantía y una diversidad de organizaciones que luchaban por la soberanía alimentaria. Este evento fue el inicio de la construcción de un movimiento —conocido hoy como la Red Nacional de Redes Alimentarias Alternativas—, que permitió la articulación de diferentes actores de la ecosol a nivel nacional.

Transformar el ambiente alimentario universitario

A partir de mi ingreso en la UNAM, retomé los compromisos acordados en ese encuentro de 2017, con el deseo seguir fortaleciendo la red naciente, pero con el encargo por parte de la universidad de crear el programa de consumo sustentable, en el marco del cual consideré como prioridad la alimentación como puerta de entrada a una diversidad de temas relacio-

nados con la sustentabilidad. Esta labor implicaba incidir a nivel institucional, así como la necesidad de vincular la universidad con diferentes sectores, como la sociedad civil y las familias de productores locales para ofrecer otra proveeduría a la universidad, con impacto social en la comunidad universitaria, así como en las comunidades rurales y la sociedad en general.

Enseguida empecé a buscar vinculación con las iniciativas de redes alimentarias alternativas (RAA) de la Ciudad de México, a conocer las áreas de producción, en particular de las alcaldías de Milpa Alta, Tlalpan y Xochimilco, iniciando con los contactos de las RAA. Poco tiempo después de mi integración a la coordinación tuvimos oportunidad de presentar un proyecto para obtener financiamiento del Gobierno de la Ciudad de México.² A través de este proyecto teníamos como ambición consolidar un programa de alimentación para la UNAM, que articulara a investigadoras e investigadores de varias entidades de esta institución, así como otras instancias educativas y de investigación de la ciudad.

En vinculación directa con las tareas sustantivas de la universidad (docencia, investigación y difusión de la cultura), el proyecto nos permitió abrir espacios de discusión sobre la sustentabilidad alimentaria, generar materiales educativos destinados tanto a la comunidad universitaria como a los actores de las RAA y productores, para acompañar un proceso reflexivo hacia los cambios de hábitos alimentarios y prácticas de producción. Buscamos también generar espacios de discusión académica, como la creación del seminario “Alimentación y Sustentabilidad en las ciudades”, así como avanzar en la vinculación con RAA e iniciativas productivas de la ciudad y, finalmente, visibilizar el compromiso de la universidad con la ecosol. Tal vez uno de los mayores retos era abrir espacios de distribución para esa producción agroecológica en el inmenso mercado que podía representar la UNAM. Durante más de tres años, con la pandemia por covid-19 en el medio y tres cambios de coordinadoras en la Cous —una poco afín con la sustentabilidad—,³ logramos el establecimiento del primer Mercado Universitario Alternativo (MUA) en la UNAM. La propuesta era ofrecer un espacio de encuentro e intercambio de la comunidad universitaria con proyectos productivos de la ciudad, facilitar el acceso de la comunidad universitaria a productos alimentarios y otros que cumplieran con ciertos criterios de sustentabilidad discutidos en el marco del mismo proyecto, con una agenda formativa y cultural vinculada con el MUA. A la par de eso buscamos también generar otros procesos para cambiar la proveeduría de la UNAM en materia de alimentación y generar reflexión en el recinto mismo de la universidad, para incidir en el cambio de paradigma alimentario y del mismo ambiente alimentario universitario, caracterizado por una “cultura Maruchan” y acceso muy limitado de la comunidad, en particular estudiantil, a alimentos de calidad y saludables.

De la oscuridad en los procedimientos administrativos

A partir de ahí chocamos con varios retos de orden institucional y administrativo, que trataré de exponer a continuación a través de la experiencia del proyecto. Si las ferias de productores pueden ser eventos puntuales organizados desde diferentes entidades en torno a actividades culturales y formativas, tener un espacio permanente era otro reto, al ser percibido como

2. Por cuestiones de seguridad mantendremos imprecisiones sobre cierta información relativa al proyecto.

3. Quien por ignorancia, abuso de poder y hostigamiento echó atrás el trabajo realizado por el equipo de la Cous en vinculación con otras instancias y retrasó el establecimiento de las estrategias de sustentabilidad para la UNAM, primer encargo de la coordinación.

actividad comercial e implicar el cobro de una concesión por parte de la Dirección General del Patrimonio Universitario. Los criterios para otorgar la concesión en la universidad son muy oscuros y objeto de clientelismo y corrupción interna de la institución, algo que nos dimos cuenta justamente a partir del análisis y diagnóstico previos del ambiente alimentario universitario.

Los productores en general no tienen posibilidades de facturar por no tener registro ante el Servicio de Administración Tributaria (SAT) y hay un temor muy difundido de hacerlo, por desconocimiento, por los costos económicos que implica y por la dificultad de gestión, estrechamente vinculadas con la pequeña escala de esas iniciativas, lo que complica el acceso a esta formalidad administrativo-fiscal. Encontramos poco apoyo en este sentido por parte de instancias gubernamentales, así como de la universidad para acompañar en esos procesos que deben ser muy particulares en cada caso; además, por cuestión de las auditorías internas, las universidades no pueden proceder de otra manera para realizar compras a productores de pequeña escala. El MUA, que se pensaba inicialmente como una alternativa mientras los productores lograban esa transición y formalización, finalmente no cumplió con ese propósito.

Nos tardamos tres años, también por el hecho de que no encontrábamos apoyo institucional para abrir el espacio del mercado. Finalmente, fue posible inaugurar el MUA en noviembre de 2023 gracias al vínculo y convencimiento directo con el Secretario Administrativo de la UNAM, quien encargó a la Dirección General de Servicios Administrativos —responsable de la Tienda UNAM— abrir sus puertas para la instalación del MUA, pero a condición de que los cobros los hiciera directamente la Tienda UNAM y que permitiera el uso de los vales de los trabajadores en el mismo mercado, lo que implicó que los productores debían facturar. Fue un largo proceso para lograr la integración de 16 productores que pudieran cumplir ese lineamiento, lo que tardó más de seis meses.

Además, el otro reto fue convencer a las autoridades de que aceptaran el proyecto, pues al inicio no fue visto positivamente, porque los “tianguis” o “bazares” eran percibidos como un problema serio vinculado con las ocupaciones estudiantiles y de actores externos a la universidad y que se multiplicaron después de la pandemia.

Ahora bien, regresando al proyecto financiado que fue parte de las vinculaciones importantes y necesarias para avanzar con el MUA, su operación implicó varias gestiones que nos dejaron también un sabor muy amargo en la boca. Desde el inicio tuvimos un apoyo administrativo muy limitado, si no es que más bien trabas, provocadas por la misma responsable administrativa del proyecto. Esta experiencia, así como otras gestiones de la Causa en el recinto universitario, permitió conocer la realidad de la gestión de proveedores en la institución, y ver cómo la proveeduría está a menudo plagada por redes clientelares a modo, entre las manos de responsables administrativos.

Durante el proyecto, desde su coordinación pasamos días y noches de angustia por lograr hacer avanzar los procesos administrativos, estudiantes becarios del proyecto recibieron sus becas hasta casi un año de retraso, lo que dificultó sus participaciones en el mismo proyecto, compromisos de financiamiento de miembros del equipo de investigación no pudieron ser cubiertos por conflictos entre reglas de operación del financiador y las de la universidad y, finalmente, se rechazó aprobar ciertos gastos realizados en el proyecto y abandono del respaldo institucional hacia los investigadores a cargo. La misma responsable administrativa declaró al final del proyecto, en reuniones de conciliación, que no estaba enterada del proyecto, tres años después de haber firmado los mismos convenios, y nos cargó la responsabilidad (en particular al responsable técnico) de haber causado una cantidad

de retrasos y malas gestiones administrativas en torno al proyecto. Para lograr el cierre administrativo, recibimos como presión por parte de una autoridad de la universidad la exigencia de regresar de nuestro bolsillo fondos del proyecto, mientras en el gobierno de la ciudad nos enfrentamos también a un cierre de las negociaciones por el rechazo de reconocer gastos que habían sido cumplidos según los criterios de la misma instancia. Una parte de ello se relacionaba con gastos del 2º Encuentro de Redes Alimentarias Alternativas (realizado en abril de 2022), que logramos financiar a través de una alianza entre el proyecto en la UNAM y el proyecto de Agrobiodiversidad Mexicana coordinado por la Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad (Conabio) (los alimentos del evento fueron provistos por productores locales y agroecológicos, lo que implicó el reto de conseguir facturación de ellos, para ser finalmente rechazado el pago por la institución).

Finalmente, muy decepcionados por esta situación, logramos cerrar el proyecto con un último regalo por parte de la institución: el responsable técnico debía firmar, sin posibilidad de responder, una carta del jurídico de la universidad donde reconocía total responsabilidad en torno a las "irregularidades administrativas" del proyecto. No había posibilidad de responder, ya que iba encubierta la amenaza de no poder acceder a concursos de oposición y procedimiento administrativo que le permitiera tener acceso a una plaza en el recinto de la institución. Si bien, mi tiempo pasado en el equipo de la Cous y las diversas actividades y procesos promovidos durante mi estancia fueron ricos de aprendizajes y considero de impacto en la UNAM, esta experiencia influyó en mi decisión de retirarme de la UNAM, donde ocupaba un puesto de confianza, aunque permanece mi deseo de seguir acompañando procesos hacia el consumo sustentable, actividad que estoy llevando actualmente con la Universidad Autónoma Metropolitana.

Hoy en día el tema alimentario está muy politizado en la universidad, sin embargo, no ha recibido aún atención real y hasta ahora persisten las dificultades por acceder a la información oficial relacionada con las concesiones alimentarias. Colegas que están realizando trabajo de investigación vinculado al ambiente alimentario universitario, han visto rechazado el derecho de aplicar encuestas con concesionarios de alimentos en el recinto de la UNAM.

REFLEXIONES FINALES

Al momento de hablar de sustentabilidad, a menudo se integra a las discusiones el concepto de transdisciplinariedad. Lograr el diálogo entre diferentes niveles de conocimientos y saberes es una lucha constante a la cual nos enfrentamos ambos autores del presente capítulo. ¿Cómo lograr generar esos espacios de diálogos, aún mejor de construcción conjunta de conocimientos con horizontalidad, cuando internamente a la academia existen tantos campos que parecen no lograr conciliarse entre sí mismos? Las arenas de la ecosol a nivel académico implican numerosas luchas internas y alianzas como lo pudimos ver, y aumentan el grado de dificultad para lograr ese trabajo transdisciplinario con las comunidades, con otros actores cuya participación, incluyendo los diferentes niveles de gobierno, es fundamental para el desarrollo de la ecosol en México. Estas luchas entre grupos estratégicos, dentro de los mismos grupos, implican un cierto desgaste y mucha fuerza de voluntad, si deseamos lograr la creación y consolidación de procesos de transformación social. Requieren también entendimiento de las luchas de poder en juego en los espacios institucionales y asumir que para lograr el cambio se requiere pasar por la reproducción de ciertas realidades institucionales no necesariamente afines con los principios y valores de la ecosol. Por lo tanto, debe

mantenerse como lucha de cada instante, por parte de los impulsores de esos procesos de innovaciones sociales, la construcción de espacios dialógicos entre los diversos actores de la ecosol, y tener claros los costos personales y profesionales que ello implica.

Se trata de ir más allá de la extensión y vinculación, que forman parte de los discursos y prácticas de las universidades y gobiernos; se trata de consolidar redes que articulan, de entretejer relaciones entre academia, sociedad civil y estado, impregnadas de los principios de solidaridad y apoyo mutuo, lo que implica luchar contra la corriente de un río, que está lejos de ser tranquilo.

“Picar piedra” es el concepto correcto, hacerlo con herramientas a menudo limitadas y rascar con las manos si es necesario, estas son las implicaciones que ambos experimentamos al promover la ecosol. Esta se construye a través de la interacción, los diálogos y luchas que participan en el tejido de la tela que, a la par de ser indispensable para lograr consolidar los circuitos de la ecosol, permiten alentar a quienes se involucran para seguir adelante. Los procesos de innovaciones y transformaciones sociales implican necesariamente esa colaboración, aunque esta esté a menudo obstaculizada por procedimientos burocráticos y políticos que pueden parecer muy alejados de los deseos de ese “otro mundo posible” que anhelan los actores de la ecosol. Además, es importante precisar que, en general, son los eslabones más vulnerables los que se perjudican de la manera más “ejemplar” en el marco de las dinámicas de luchas de poder y campañas políticas. Más aún, las iniciativas de cambio e innovación que no surgen de “los de arriba”, corren el riesgo de ser saboteadas y sus impulsores castigados con la exigencia de pagar costos muy altos.

Pero ¿qué otra instancia más que las universidades y el sector educativo pueden acompañar ese proceso y la consolidación del sector de la ecosol? Pese a sus burocracias y procedimientos incomprensibles, son los espacios idóneos para avanzar en este sentido, ya que la formación de las y los futuros profesionistas y tomadores de decisión se realiza en la universidad. Las experiencias compartidas se vinculan con las diferentes posibilidades ofertadas por el contexto universitario de enseñar, transmitir y sobre todo coconstruir la ecosol desde diferentes perspectivas, estrategias y modalidades de aprendizajes académicos y vivenciales. Además, consolidar los avances de la ecosol en la universidad y en México implica lograr esa vinculación intergeneracional, abrir espacios para seguir debatiendo e incorporar ideas más jóvenes; seguir haciendo cambios de fondo con las aportaciones de nuevos conocimientos y saberes, así como de prácticas, en un proceso de innovaciones sociales constantes. Si dejamos que queden en luchas del pasado, nos arriesgamos a que los logros, aunque puedan parecer pequeños, como es el DISS o el MUA, se pierdan por no lograr afianzarlos.

REFERENCIAS

- Albert, B. (2008). *Anthropologie appliquée ou “anthropologie impliquée”*. *Ethnographie, minorité et développement*. En *Les applications de l’anthropologie. Un essai de réflexions collectives depuis la France*.
- Bailey, F. G. (1971). *Les règles du jeu politique*. PUF.
- Barkin, D. & Lemus, B. (2020). ¿Economía Solitaria, o Social y Solidaria? En M. A. González, J. Cendejas & R. Gómez (Coords.), *Economía social solidaria y sustentabilidad* (pp. 67-78). Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Blanco, M. (2012a). ¿Autobiografía o autoetnografía? *Desacatos*, No.38, 169-178.

- Blanco, M. (2012b). Autoetnografía una forma narrativa de generación de conocimiento. *Andamios. Revista de Investigación Social*, 9(19), 49-74.
- Cendejas, J. M. (2017). Más allá de la reproducción ampliada de la vida. Una interpelación feminista de la economía social solidaria. *Tesis Psicológica*, 12(2), 116-135.
- Collin, L. (2014). *Economía solidaria, local y diversa*. El Colegio de Tlaxcala/CAEA.
- Collin, L. (2016). El Buen Vivir. La emergencia de un concepto. *Gaia Scientia. Edição especial Cultura, Sociedade & Ambiente*, 10(1), 5-11. <http://dx.doi.org/10.21707/gs.v10.n01a01>
- Collin, L. (2020). La economía como nicho ecológico. En M. A. Gonzáles, J. Cendejas & R. Gómez (Coords.), *Economía social solidaria y sustentabilidad* (pp. 19-46). Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Coraggio, J. L. (2009). Territorio y economías alternativas. En M. A. Gonzáles, R. López & H. Guerrero (Coords.), *Economía social y desarrollo local* (pp. 75-106). Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Dobrée, P. & Quiroga, N. (2019). *Luchas y alternativas para una economía feminista emancipatoria*. Clacso, Grupo de Trabajo Economía Feminista Emancipatoria.
- Ellis, C. & Bochner, A. (2003). Autoethnography, Personal Narrative, Reflexivity. Researcher as Subject. En N. Denzin & Y. Lincoln (Eds.), *Collecting and Interpreting Qualitative Materials*. Sage.
- Freire, P. (1972). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Argentina Editores.
- García, E. (2007). El concepto de actor. Reflexiones y propuestas para la ciencia política. *Andamios*, 3(6).
- Geertz, C. (1968). Thinking as a Moral Act: Ethical Dimensions of Anthropological Fieldwork in the New States. *The Antioch Review*, 28(2), 139-158.
- Giddens, A. (1995). *La construcción de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Amorrortu.
- González, M. A. & Cendejas, J. (2019). Aportes desde la economía feminista a la construcción de Otra Economía no capitalista y no patriarcal. En P. Dobrée & N. Quiroga, *Luchas y alternativas para una economía feminista emancipatoria* (pp. 216-252). Clacso, Grupo de Trabajo Economía Feminista Emancipatoria.
- González, M. A. & Cendejas, J. (2020). Introducción. En M. Gonzáles, J. Cendejas & R. Gómez (Coords.), *Economía social solidaria y sustentabilidad* (pp. 9-17). Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Greenwood, D. J. (2000). De la observación a la investigación-acción participativa: una visión crítica de las prácticas antropológicas. *Revista de Antropología Social*, No.9, 27-49.
- Greenwood, D. J. & Morten, L. (1998). *Introduction to action research*. Sage.
- Guerrero, J. (2014). El valor de la auto-etnografía como fuente para la investigación social: del método a la narrativa. *Azarbe. Revista internacional de trabajo social y bienestar*, No.3.
- Hinkelammert, F. J. & Mora, H. (2013). *Hacia una economía para la vida*. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, EUNA.
- Long, N. (1996). Globalización y localización: nuevos retos para la investigación rural. En H. C. De Grammont y H. Tejera (eds.), *La sociedad rural mexicana frente al nuevo milenio*. Plaza y Valdés.
- Long, N. (2001). *Development Sociology: Actor Perspectives*. Routledge.
- Mauss, M. (2009). *Ensayos sobre el don*. Katz Editores.
- Monachon, D. S. (2017). *Redes Alimentarias Alternativas. Nuevos Compromisos políticos y sociales. Un estudio comparativo franco-mexicano* [Tesis de doctorado]. Centro de In-

- vestigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. <https://ciesas.repositorioinstitucional.mx/jspui/handle/1015/651>
- Nahmad, S. (2014). *La antropología aplicada en México. Ensayos y reflexiones*. Casa Chata/ CIESAS.
- Oliveira de Vasconcelos, V. & Waldenez de Oliveira, M. (2010). Trayectorias de investigación acción: concepciones, objetivos y planteamientos. *Revista Iberoamericana de Educación/ Revista Ibero-americana de Educação*, No.53/5.
- Olivier de Sardan, J. P. (1993). Le développement comme champ politique local. *Bulletin de l'APAD*, No.6, 11-18.
- Olivier de Sardan, J. P. (1995). *Anthropologie et développement. Essai en socio-anthropologie du changement social*. APAD-Karthala.
- Polanyi, K. (1992). *La gran transformación*. Fondo de Cultura Económica.
- Rahman, A. & Fals Borda, O. (1989). La situación actual y las perspectivas de la IAP en el mundo. *Análisis Político*, No.5.
- Reed-Danahay, D. (1997). *Auto/ethnography*. Berg.
- Rosaldo, R. (1991). *Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social*. Grijalbo.
- Schlemmer, B. (1992). A ética da profissào: Da responsabilidade politica do cientista a responsabilidade cientifica do pesquisador. Um itinerário da antropologia francesa. En A. A. Arantes, G. R. Ruben & G.G. Debert (Eds.), *Desenvolvimento e direitos humanos. A responsabilidade do antropólogo* (pp. 137-153). Campinas, Editora da Unicamp.